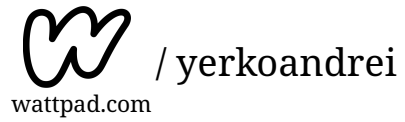


¡Gracias por leer!
¡Y por el apoyo!

Puedes encontrar más en:



Sombra del pasado

YerkoAndrei

yerkoandrei@gmail.com

2025

Querido Carlos:

Han pasado tantas lunas desde la última vez que nos vimos y aún más desde que hablamos como solíamos hacerlo, es una pena que hoy estemos obligados a solo escribirnos.

Varios meses ya desde la última carta, hay que ponernos al corriente, ¿Quieres?

Podría contarte sobre mí, pero no mucho ha pasado en mi trabajo aburrido. Tampoco hay nada que contar sobre mi familia, sin embargo, mi hijo, ya cumplió nueve años.

¿Recuerdas cuando teníamos nueve años? ¿Recuerdas?

Va al mismo colegio al que fuimos nosotros, y, aunque no hay mucha novedad por ahí, me sorprende que siga existiendo, pero, ¿Sabes que ahora hay menos cursos?

Supongo que es normal que en el pueblo haya cada vez menos niños, aunque mi hijo ha hecho un par de amigos nuevos gracias a esto.

Aunque no siempre se puede sacar algo
bueno de lo malo, ¿Qué crees tú?

Me gustaría hablarte de esto. ¿Es seguro?

Con cariño, Segundo.

Solo puedo susurrar tu nombre y lo que eres: un asesino.

Estoy junto a tus amigos, por si quieres saber. Ellos estarán junto a mí hasta que considere pagados sus pecados. Pero, más importante, hasta que ellos mismos se perdonen el haberme robado la vida.

Eso podría tomar un tiempo, pero aquí no existe tal cosa, aquí no es la vida ni la muerte.

Y tú tendrás el mismo destino.

Primero Pablo.

Después Segundo.

Tercero Teodoro.

Y tú, Carlos, serás el cuarto y último.

Estoy esperando.

¿Ya vienes a verme?

Curileo, tu último amigo.

Segundo, amigo mío:

Que bueno saber de ti, yo estoy bien y espero tú también lo estés.

Es seguro, sí, pero no recuerdo nada de cuando teníamos nueve años, eso fue hace mucho tiempo, y mucha agua ha pasado por el río.

Pero no preguntes eso, por favor, ¿Por qué lo harías?

Me gustaría saber más de ti, de tu familia y del pueblo. Hace tantos años que no estoy por allá, y, la verdad, no tengo motivos para volver, al menos que a ti se te ocurra algo. ¿Como una reunión? Sería divertido ver cómo hemos cambiado.

Podríamos pensar en algo.

Siempre tu amigo, Carlos.

Querido Carlos:

Que bueno que sea seguro, amigo mío,
amigo del alma...

Por aquí también lo es...

Lo vi.

Como un reflejo del pasado.

Lo vi.

Con cariño, Segundo.

Carlos, querido amigo:

Gracias por enviarme tantas cartas desde
el fuego, no habría podido leerlas de otra forma.

Teodoro tenía razón, pero yo no mataría a
un niño, a diferencia de ustedes.

¿Sabías que desde que nací, viví aislado?

Antes de entrar al colegio, nunca tuve la
oportunidad de jugar con niños de mi edad, así
que cuando llegué a su curso, tenía tantas espe-
ranzas de tener nuevos amigos. Pero solo los en-
contré a ustedes.

Aunque, podríamos empezar de cero, ¿Te
parece?

¿Quieres ser mi amigo?

Podrías enviarme más cartas a través del
fuego, pero mis cartas no se queman, solo pueden
morir en el agua. En aguas negras de dolor.

En todo caso, ahora soy el único al que po-
drías llamar un amigo en tu vida manchada de
culpa y remordimiento.

Desde donde estoy no puedo hacerte nin-
gún daño. Solo puedo llamarte, estés donde estés.

No tengo amigos, y la idea de tener familia ni siquiera se me pasaría por la cabeza.

Alguien, por favor, lea mi carta y mis sentimientos.

Carlos, sin amigos.

Segundo, amigo mío:

¿Qué viste? ¿A quién?

No me asustes, por favor. Segundo, por favor.

Cuéntame de ti, sobre tu familia, sobre el pueblo.

Pero, por favor, no me asustes.

No hay nada que recordar de nuestro pasado más que aventuras de juventud.

¿Quieres recordar eso?

Siempre tu amigo, Carlos.

Querido Carlos:

Tampoco quería recordar, pero no puedo evitarlo.

Porque lo vi.

Teníamos nueve cuando llegaste a nuestro pueblo, ¿Recuerdas?

Y un tiempo después, a mitad de año, llegó este nuevo niño, ¿Recuerdas?

¿Recuerdas cómo lo molestábamos todo el día?

Acosándolo cada vez que podíamos. Haciendo su vida miserable porque sí.

Todos, incluso su madre, pensaron que había sido un accidente. Pero nosotros sabemos que no fue así. Lo hicimos a propósito, simplemente porque hablaba con acento y nos caía mal. Aunque no quiera recordarlo ni reconocerlo.

Verás, hace una semana, mi hijo, recién cumplidos los nueve años, trajo a un amigo del colegio a jugar a mi casa. Era él, era Curileo.

Era igual que la última vez que lo vimos.

¿A quién escribo esto, si hay nadie que me lea nunca más?

Han pasado varios meses desde que Segundo y Teodoro se suicidaron.

Sus esposas me molestan de vez en cuando, pero no puedo responderles con la verdad.

No tengo hijos ni familia, y ahora tampoco nadie a quien llamar amigo.

Sus muertes fueron tan repentinas, como si la idea se les metiera de un momento a otro y la ejecutaran de inmediato. No tuve tiempo de protestas ni para convencerlos de tan mala idea.

De Segundo puedo entenderlo, ni siquiera puedo imaginar la pérdida de un hijo tan pequeño, pero Teodoro... ¿Se suicidó para salvar a su hija? Eso no me hace sentido, aunque es verdad que sigue viva y que ayer cumplió diez años.

Quiero suponer que fue la culpa la que actuó, pero también quiero creer que tuvo razón.

No sé si queme mis cartas, como ellos, o las tire al vacío del río.

¿Qué me queda ahora, más que una vida vacía sin esperanza ni futuro?

Pablo se lo llevó a la tumba.
Segundo se lo llevó a la tumba.
Yo me lo llevaré a la tumba.

Y, aunque espero que tu final sea más feliz
que el nuestro, espero también que hagas lo mismo
que nosotros.

Este será por siempre nuestro horrible secreto.

Adiós.

Atentamente, Teodoro.

Me puse pálido cuando lo vi, estuve unos momentos sin reaccionar, incluso preocupé a mi esposa con mis tartamudeos. Pero no pude siquiera mentir, simplemente salí a dar una caminata, a pensar. No pensé en nada.

El niño solo vino a jugar y no pasó nada fuera de lo normal, pero antes de irse, me sonrió de una forma aterradora, no tengo claro de si fue mi imaginación o no, pero ahora tengo miedo, no solo por mi hijo, si no también por mí.

¿Qué podría estar pasando?

Siento que nada de lo que pasó fue real, pero yo sé que lo vi.

Espero no preocuparte más de lo debido, y, espero también, que esté alucinando. O, si el niño es real, que solo sea mi imaginación.

Ayúdame Carlos, no sé qué hacer.

Con cariño, Segundo.

Segundo, amigo mío:

Cálmate, por favor, puede ser solo una coincidencia. Intentaré hablar con Teodoro a ver qué opina de esto.

La última vez que lo vi, vivíamos relativamente cerca aquí en la ciudad. Iré a verlo con tus cartas, o por lo menos, a preguntar dónde vive ahora.

No debes hablar de esto con nadie. Es obvio que lo recuerdo todo, pero, por favor, Segundo, por favor, no saques ese tema.

Le hablaré lo antes posible, espera mi respuesta por favor.

Siempre tu amigo, Carlos.

Estimado Carlos:

Tú no lo entiendes Carlos, no tienes hijos.

Quizás con esto aplaque la ira de Curileo y deje en paz a mi hija, solo espero que su madre pueda con mi partida.

Lamento dejarte solo, pero espero algún día entiendas que la sangre es más importante.

Jamás olvidaré los lazos que formamos, pero tengo que proteger a mi familia.

Yo no soy importante, y, la verdad, tampoco debí vivir tanto tiempo, porque el último empujón lo dí yo.

Toda la felicidad que sentí en mi vida fue siempre eclipsada por la culpa de robarle a alguien más esos sentimientos. Nunca fui digno de la felicidad.

Quemaré todas las cartas también. Por favor, si mi esposa pregunta sobre la razón de todo esto, no le cuentes nada. Y discúlpame por hacerte lo mismo que Segundo.

Intentaré hacer que parezca un accidente. Solo te digo esto por si fallo en ese cometido, y porque confío en ti, porque somos amigos.

Por favor, Teodoro, no cometas una locura.
No me dejes solo.
Por favor.
Por favor.
Por favor.
Luego iré a verte a ti.

Siempre tu amigo, Carlos.

Teodoro, amigo mío:

Esto es urgente.

Sé que no nos vemos hace ya bastante tiempo, pero Segundo se está volviendo loco.

Estoy bien y espero tú también lo estés, pero dejemos el reencuentro para otro momento, por favor.

Segundo me escribió con una historia muy rara sobre su hijo... Y me habló sobre la quebrada.

¿Es seguro? Aquí lo es y para Segundo también.

Sé que fue él quien lo tocó último, pero... Eso no nos hace menos culpables.

Solo espero que no hable de eso con nadie más.

De Pablo nunca supe nada después de que se fue. Su familia es incontactable, aunque nunca les importó realmente. Hace años no sabemos nada de él.

Fui a la última casa de la que me hablaste.
Por suerte, los actuales arrendatarios me dieron
tu nueva dirección, espero esta carta llegue a ti.

Siempre tu amigo, Carlos.

Teodoro, amigo mío:

Estoy en nuestro pueblo natal. Sigo creyendo que deberías venir conmigo a ver a Segundo, por lo menos a su tumba. Aunque es un poco difícil evitar a su esposa.

Segundo se suicidó...

¿Sabes dónde?

Has de suponer...

Sí, en la misma quebrada. En el mismo río.
En la misma oscuridad.

Solo lo encontraron porque su bicicleta estaba cerca y pudieron buscarlo a tiempo, mientras su cuerpo estaba atascado en un árbol caído, antes de que se lo llevara el río. Si alguien se tirara desde ahí, por muy grande que sea, nunca lo encontrarían, ¿Sabes qué significa esto, cierto?

Creo que ya sé dónde está Pablo.

¿Podrías decirme también, por qué quemó tantas cartas?

Estoy segura de que eran cartas tuyas y de Teodoro o Pablo.

Cuéntame lo que sabes, por favor, quiero entender. Por Segundo.

Saludos.

Estimado Carlos:

Que bueno saber que estás bien. Ha pasado mucho tiempo, pero no creo que nuestros lazos de amistad sean tan débiles, me agrada saber que opinas igual.

Yo también estoy bien, o lo estaba antes de recibir tu carta.

Sí, es seguro, no te preocupes, aunque no deberías escribir tanto si no lo sabes.

Pero no importa.

Gracias por la noticia, la he estado esperando durante un tiempo bastante largo, aunque no pensé que este día llegaría... ¿O no quería?

No necesitas contarme más nada sobre esto. Creo saberlo todo.

Hablaré con Segundo de padre a padre, seguro podremos entendernos bien.

Atentamente, Teodoro.

Estimado Segundo:

Carlos me envió una carta, y, con ella, la peor noticia que pude haber imaginado.

Estoy aterrado. Incluso cuando la esperé durante tanto tiempo.

La culpa, como a ti, me ha perseguido todos estos años.

Cada aniversario de su muerte tengo el mismo sueño. Lo veo matando a una niña de unos doce años, empujándola a la misma quebrada en donde nosotros lo hicimos.

Fueron muchos años y, por ende, muchos sueños. Nunca entendí el propósito de aquello, porque se parecía a una prima mía, pero no tanto, y eso era tan confuso.

Cuando me mudé a la ciudad, hice una nueva vida llena de distracciones, pero esos sueños me perseguían y, cada año, la ansiedad no me dejaba dormir, porque sabía que vería mi pecado nuevamente. No importaba cuánto alcohol o drogas me metiera en el cuerpo para escapar; no importaba en qué estado me encontrase, el sueño siempre venía.

Carlos:

Te escribe la otrora esposa de Segundo.

Hoy viuda.

Gracias por tu apoyo.

De vez en cuando me hablaba de sus aventuras de juventud, pero no sabía que aún hablaba con ustedes por correspondencia.

No nos conocemos mucho, pero permíteme saltarme el preámbulo.

Lamento informarte, no solo que Segundo ha muerto, si no que también fue por suicidio.

Estoy devastada, pero no entiendo el porqué, no entiendo por qué me dejó sola tras la tragedia de nuestro hijo.

¿Tú sabes algo?

Solo te cuento esto porque imagino que sabes algo, no es fácil para mí hablar de esto con nadie, pero también tengo derecho a saber.

Mi vida está arruinada. He perdido a mi familia.

Segundo, amigo mío:

No sabes cuánto lamento escuchar eso.

Siento una pena enorme.

Haré tiempo para ir a verte lo antes posible, por favor, espérame.

Espérame y volvamos a ser los amigos que alguna vez fuimos. Te acompañaré todo el tiempo que necesites, incluso podría buscar un trabajo en el pueblo, si es que hay.

No hay problema con eso, siempre te apoyaré como tú me apoyaste.

Sé que soy el menor y que llegué último al grupo, pero siempre me hiciste sentir bienvenido. Durante todos estos años siempre te consideré un modelo a seguir, incluso ahora, en la adultez.

Espero que Teodoro pueda ir a verte también, él está mucho más lejos y ocupado que yo, pero espero se dé el tiempo para ir a verte a pesar de las consecuencias. Confío en él.

Solo espérame un poco más.

Siempre tu amigo, Carlos.

Así pasaron los años e incluso formé familia, igual que tú. Me mudé a la capital después de un tiempo. Quería darles la vida que yo no tuve.

Tengo una sola hija, es bastante alta para su edad, ¿Sabes? Y, hace un tiempo, por alguna razón, decidió cortarse su cabello tan largo. Se dejó el cabello corto, igual a como una prima mía lo usaba cuando era joven.

Y un día, hace un tiempo, cuando mi hija cumplió ocho, en su mismo cumpleaños... La reconocí.

Era la niña que Curileo siempre empujaba en aquel sueño. Por veinte años... Por veinte años vi cómo mataba a mi futura hija... ¡Veinte años! ¡Veinte malditos años!

Nunca le conté de mis pesadillas a nadie por obvias razones, pero ya no puedo quedarme callado ante tus miedos.

Yo te creo, Segundo. Y creo también en el terror que estás sintiendo, porque también soy padre.

Pero lo siento, entenderte es lo único que
puedo hacer por ti.

Perdona mi incapacidad.

Tampoco sé qué hacer.

Atentamente, Teodoro.

Carlos:

Lo siento, pero no podrá ser, lamento la
tardanza en mi respuesta.

Mi hijo ha muerto.

Fue un accidente, pero no sé...

Siento que me está llamando, lo escucho
en el agua.

Lamento que mi hijo haya pagado mis pe-
cados, al menos así lo siento yo.

Cuanto tuve su frágil cuerpo entre mis bra-
zos, esa culpa insana volvió, y una empatía frater-
nal se apoderó de mí.

Supongo que fue peor para su madre... Cu-
rileo nunca apareció.

Ya no soporto este tormento.

No sé qué hacer.

No hay nadie que pueda ayudarnos.

No lo soporto.

Estoy vacío.

Ya no hay más.

Segundo.

Teodoro, amigo mío:

¿Crees que puedes hacerte un momento para volver al pueblo?

Sé que estás más lejos que yo, pero creo que necesitamos hablar de esto e intentar cerrar ciertas heridas. Segundo no lo está pasando bien y creo que tú tampoco.

Apenas puedas ir, yo también lo haré. Necesito volver a verlos.

Deberíamos ayudarnos, ya sabes, como en los viejos tiempos.

Siempre tu amigo, Carlos.

Querido Teodoro:

Hay que huir.

Investigaré al niño, preguntaré por el colegio o en cualquier lugar que se me ocurra. Debe haber alguna explicación.

Quizás solo estoy alucinando por la culpa, eramos solo niños y a nuestros hijos cumplir la edad que teníamos, ¿La culpa volvió? ¿Es una posibilidad?

No lo sé, perdón, estoy muy paranoico.

Huir tampoco tiene sentido supongo. Tú estás en la capital y yo aquí, en el pueblo.

No puedo pensar con claridad.

Estas semanas he estado sintiendo cosas que no debería. A veces escucho mi nombre en el sonido del agua. ¿Eso tiene sentido?

¡Claro que no lo tiene!

Empecé a escuchar cosas en una gotera que no quería arreglar, y, después de eso, incluso escuché mi nombre una y otra vez en el sonido del riachuelo de la calle.

No sé qué hacer. No tengo idea. El de las ideas siempre fuiste tú. Solo te pido que pienses un poco más. ¿Quizás nos falte algo?

Con cariño, Segundo.

Segundo, amigo mío:

Quizás deberías descansar.

Sé que la culpa nos consume, pero ya nada podemos hacer. Es un secreto que nos llevaremos a la tumba. Dejemos de hablar de esto por favor, Segundo, y juntemonos como buenos amigos. ¿Te parece?

Creo que puedo hacerme un tiempo para volver al pueblo, le avisaré a Teodoro, ojalá él también pueda.

Dime cuando te acomoda e iré de inmediato.

Siempre tu amigo, Carlos.

Me sentí observado todo el tiempo, solo pude estar un par de minutos, no logré ni siquiera descansar un segundo.

Cuando me iba, volví a ver el río, y era tan oscuro, tan negro, como si no le llegara luz tras la quebrada, pero cuando me acerqué confundido, volvió a verse normal. Pensé que era un efecto por la perspectiva, pero no volví a verlo con esa oscuridad tan aterradora nunca más.

¿Es esta la paranoia o la culpa?

Aún estoy aterrado.

Con cariño, Segundo.

Estimado Segundo:

No hay donde huir. En el pueblo o en la ciudad, me persigue y me ha perseguido desde aquel día, cuando teníamos solo nueve años.

Nunca lo dije porque me aterraba hablar de aquello, pero me sorprende que ustedes no hayan tenido el mismo sueño. En él, también, siento claramente como me llama a través del eco de la quebrada, aunque no lo veo pronunciar mi nombre. Creo que es como tú dices, como si me llamara a través del agua. Eso tiene sentido para mí.

Él también era un niño, no lo merecía. No. No lo merecía.

Es como... Como... Como si matáramos a nuestros hijos...

Al final, tienen casi la misma edad, pero en mi hija solo veo inocencia. ¿Éramos nosotros tan diferentes?

No veo ningún motivo por el cual hacer algo así.

Estoy perdido en la culpa.

¡Hoy es peor incluso que hace veinte años!

Lo siento, pero no creo poder ayudarte, porque tampoco creo poder ayudarme a mí mismo. Pero si descubro algo por mi cuenta, ten por seguro que lo sabrás.

Atentamente, Teodoro.

Querido Carlos:

Me comuniqué con Teodoro, aunque no cree poder ayudar.

Por mi parte, investigué en el colegio y, según los profesores, no había ningún niño con ese nombre ni apellido. Pero mi hijo me dice que se sienta detrás de él y que tiene recuerdos claros de verlo participando en clases.

Le dije que dejara de ser su amigo y que no lo trajera a casa nunca más, pero no me hace caso, siempre ha sido un niño bien portado, pero cuando le ordeno que deje de ser su amigo, me ignora completamente. Aunque, por suerte, no volvió a venir a jugar a mi casa. Pero creo que no es gracias a mi hijo.

Todos dicen que no existe nadie con ese nombre, pero mi hijo lo recuerda, a veces lo escucho hablar de él con su madre.

Aún estoy confundido.

Hace unos días decidí ir a la quebrada, solo para ordenar mis pensamientos. Sigue igual de solitaria. Aunque no quería revivir nada, tenía que asegurarme de que todo fue real.